

piró á la Sra. Trillo su viaje, y quien la condujo á S. Cristóbal, batiendo sus negras alas!

María Rubio, de 15 años de edad, de hermosura poco comun y perteneciente á las mejores familias del pueblo, hacia mes y tres dias que habia unido su suerte á la del jóven honrado y laborioso José Correa. Ese tiempo se deslizó por la interesante pareja entre las delicias inefables que brinda Himeneo á los que consagrándose á su culto, atraviesan el sendero de la vida, coronados de flores, con el rostro radiante de júbilo, la sonrisa en los lábios, enlazadas sus manos, y jurándose un amor eterno. Pepe y María se amaban entrañablemente. No es, pues, extraño que su hogar fuera el santuario de la felicidad, y que cada nuevo dia que trascurriera solo sirviera para ser más indisolubles los dulces nudos que los unieran.

La noche del 11 de Febrero de 1875 merendaban juntos, una conversacion animada era sostenida por los dos. Hablaban de sus castos amores: María ruborizada escuchaba las protestas de fidelidad que con entusiasmo le hacia Pepe. Desgarrando el velo del porvenir, ofrecia Pepe á la vista de ella un hermoso horizonte lleno de doradas ilusiones. ¡Ah! ignoraba que la muerte se cernia sobre sus cabezas! En efecto,

cuando pintaba Pepe con más fuego y con más vivos colores el cuadro de su dicha futura; cuando María con el pecho palpitante de emocion, sumergida en un éxtasis casi divino, solo atendia á las palabras de su esposo, porque su alma desprendida de lo terreno se hallaba en esos momentos en las purísimas regiones del amor, escuchóse de pronto un ruido extraño, pavoroso en el centro de la tierra, que sacó á los esposos de su arrobamiento: María, pálida y con el semblante desencajado de terror se refugió en los brazos de Pepe y ocultó su cabeza en el regazo de aquel. Como la débil yedra que asida al robusto tronco de una encina resiste el poderoso empuje de la tempestad, así tambien María se acoje al seno de Pepe donde busca su refugio...

No habian pasado dos segundos cuando tronó de nuevo la tierra, agitóse de una manera espantosa, las paredes de la casa vacilaron, Pepe y María se abrazaron con más fuerza y esperaron tranquilos la muerte. Esta no se hizo esperar mucho tiempo. El techo cayó con estrépito, y los jóvenes dejaron de existir. ¡Felices ellos que juntos bajaron al sepulcro sin haber visto palidecer la llama del amor, y sin que su luna de miel se hubiera llegado á eclipsar! ¡Fueron mil veces más venturosos que los amantes de Teruel.....!

Veinticinco personas perecieron en S. Cristóbal, víctimas de la catástrofe; otras tantas fueron heridas y de éstas muchas remitidas al hospital de Belen de Guadalajara, en donde se les prodigó los cuidados de la ciencia y de la caridad.

El Gobierno del Estado, inmediatamente que tuvo noticia de las desgracias ocurridas en S. Cristóbal, ordenó al director político de Zapópan, en cuya jurisdicción se halla S. Cristóbal, que dirigiéndose á aquel pueblo impartiera los socorros necesarios á los infelices que quedaron sin hogar y sin familia. El Gobierno había dispuesto oportunamente que dos facultativos marcharan á socorrer á los heridos. La sociedad médica de esta ciudad ofreció los servicios de cinco de sus miembros médicos, los cuales se prestaban de una manera gratuita y espontánea á ejercer su profesión. La misma sociedad facilitó las medicinas y vendajes necesarios que con una abnegación digna de elogio, cedieron algunos señores farmacéuticos, socios de la misma, en bien de los enfermos.

VIII.

La comision recorrió con detencion á S. Cristóbal. No encontró más vestigios de los fenó-

menos geológicos de que habia sido asiento aquel pueblo, que dos grietas poco profundas, de 20 á 30 centímetros de ancho, que atravesaban el pueblo en toda su extensión y que iban á terminar á los cerros inmediatos al través del rio de Juchipila. Una de estas grietas, de cerca de 500 métrros de longitud, está en la parte Sur de S. Cristóbal, en la ribera del rio Grande. Parte del cerro de la Soledad, situado al Poniente, y termina al Oriente, atravesando la corriente de los rios de Cuixtla y de Juchipila. La otra grieta está en la orilla Norte del pueblo, á inmediaciones del cementerio; parte de este punto y termina en un lugar llamado el Volcancito, atravesando igualmente la corriente del rio de Juchipila. Esta grieta tiene de extensión 300 métrros, y en el montecillo donde concluye se notan varias abras radiadas que hicieron suponer á los habitantes de S. Cristóbal que existia allí un volcan. En la tarde visitamos el cerro del Chiquihuitillo, pequeña montaña situada al Oriente de S. Cristóbal, á 60 métrros y en la ribera izquierda del rio de Juchipila. Este cerro, así como todos los que estaban á nuestra vista, presentaban innumerables señales de derrumbes de rocas que aún continuaban: cuando llegamos á la cúspide del cerro encontramos que es-

taba completamente desmoronada por los sacudimientos que sufrió. El citado desmoronamiento tenia lugar en toda la longitud de la cúspide, es decir, en una extension de 300 metros, poco más ó ménos. Es, pues, indudable que ese cerro fuè conmovido fuertemente.

En la noche establecimos nuestro campamento en la plaza, cuyo aspecto lúgubre nos causaba honda tristeza. Rodeada de edificios destruidos y de una que otra tienda de campaña formada con manta y costales, en las que habitaban las familias que escaparon de la destruccion, y en donde se almacenaban los pocos efectos que se pudieron sacar de los escombros, era muy á propósito para infundir en nuestro ánimo melancólicas reflexiones. Un hermoso fresno extendia sus verdes ramas sobre esa plaza casi desierta. En efecto, fuera de nosotros no habia en ella más que 40 personas, únicos habitantes de S. Cristóbal que como nosotros, se alojaban en la plaza.

Eran las ocho de la noche; nos disponiamos á dormir, aunque creiamos que impresionados vivamente con los sucesos del dia, no era fácil que el sueño cerrara nuestros párpados á pesar de que derramara sobre nosotros con profusion sus benéficas adormideras. Sin embargo de es-

to, estábamos ya recojidos. Un silencio sepulcral reinaba á nuestro alrededor, que solo era interrumpido con el susurro del viento y con el ruido de las hojas del fresno que se desprendian del árbol al moverse. Repentinamente se oyó una sorda detonacion, y pocos segundos despues se sacudió la tierra con violencia. Los habitantes de S. Cristóbal despertaron sobresaltados y llenos de un pánico terror; creyeron que se reproducian las tristes escenas que tuvieron lugar ocho dias antes á la misma hora. El recuerdo de esas escenas los conmovió de tal manera, que pálidos y temblorosos dirigian sus miradas á todas partes como queriendo penetrar los misteriosos arcanos que encerraba la tierra en su seno, para inferir de allí toda la intensidad del peligro. Aquellos que habian tenido la desgracia de perder hacia ocho dias algun miembro de su familia, sufrieron más en aquellos momentos, en los que se les vino á la memoria la infausta suerte de sus deudos. El pincel del Ticiano ó de Rafael, y el númen poético de Chateaubriand, cantor del génio del cristianismo, serian los únicos capaces de describir y de pintar dignamente el imponente cuadro que teniamos á la vista. Aquellos habitantes de S. Cristóbal con sus semblantes desencajados por

el terror, con sus manos enclavijadas, postrados en tierra y dirigiendo balbucientes preces al Eterno, ofrecían un espectáculo lleno de subilime poesía.

Mientras tanto, nosotros, con los labios sellados por la emoción, éramos testigos mudos de aquella magestuosa escena.

El terremoto duró dos segundos. Poco á poco recobraron su tranquilidad los habitantes de S. Cristóbal, y una hora después todo estaba en la mayor quietud.

El Sr. D. Juan Ignacio Matute indicó que era conveniente que veláramos en la noche turnándonos durante ella, para hacer las observaciones que fueran necesarias. A mí me tocó el turno en compañía del Sr. Matute, de diez á doce de la noche. A veces conversábamos el Sr. Matute y yo sobre los acontecimientos del día, á veces quedábamos en silencio sumergidos en las más hondas meditaciones, ó bien contemplábamos con asombro los objetos que nos rodeaban. Nuestra admiración estaba justificada. Acostados sobre el suelo de la plaza, veíamos perfectamente la espaciosa bóveda celeste de un hermoso color azul, sembrada de innumerables estrellas que arrojaban un brillo deslumbrador. Orion se encontraba precisamente sobre nuestras ca-

bezas, y su fulgor hizo que nuestras miradas se fijaran en él con deleite. Entre tanto la luna recorria el firmamento, esplendorosa y bella; sus rayos luminosos cayendo sobre los montes inmediatos, los trasformaba, les daba una blancura que les agraciaba sobremanera. ¡Hasta las ruinas iluminadas por el astro silencioso de la noche, habían perdido su aspecto triste!

El río de Santiago seguía su curso al frente de S. Cristóbal, despeñándose en pequeñas y graciosas cascadas. Sus aguas límpidas y transparentes reflejaban los argentados rayos de la luna que semejaban á las cascadas de que he hecho mérito, con un torrente de blanquísimas perlas que precipitándose de una altura, tornaban á elevarse formando deslumbrantes copos.

A la sazón daban las doce de la noche; concluía nuestra guardia y nos lisonjeaba entregarla sin novedad; pero en esos momentos oímos un lejano ruido subterráneo que fué seguido de un fuerte temblor. Las peñas rodaron con ruido atronador. Los habitantes de S. Cristóbal despertaron sobresaltados. Nuestros compañeros también se pusieron en pie, y los Sres. D. Miguel Sabás Gutierrez, y Canobio, empezaron á hacer sus observaciones. Improvisaron un péndulo con objeto de conocer la dirección del

temblor, y con reloj en mano contaron su duracion.

Desde entónces siguieron los temblores por toda la noche á intervalos más ó ménos largos. Casi todos se acompañaban de ruidos subterráneos, y casi todos fueron de trepidacion. Su frecuencia fué tal, que desde las diez de la mañana del juéves en que llegamos á S. Cristóbal, hasta las nueve de la mañana del dia siguiente, contamos 26 temblores.

El viérnes 19 regresamos á Guadalajara despues de haber permanecido en S. Cristóbal 23 horas.

VIII.

El pueblo de S. Cristóbal está situado al Nor-Oeste de Guadalajara y á distancia de 14 leguas. La temperatura media de este pueblo es de 26° y su elevacion es de 823 métros sobre el nivel del mar. Está colocado en el fondo de una gran barranca, á la márgen derecha del rio de Santiago. El pequenísimó valle en que se halla el pueblo citado se limita al Norte por el cerro de S. Sebastian, al Oriente por la mesa del Tepehuaje y por el cerro de Chiquihuitillo, al Poniente por el de la Soledad, al Sur por el rio Grande y por el cerro del Embarcadero. El rio de Juchipila corre á la orilla del pueblo al Oriente,

y el de Cuixtla al Poniente; de suerte que S. Cristóbal está rodeado por el Sur, Oriente y Poniente, por tres rios.

Este pueblo contaba antes de la catástrofe con ochocientos habitantes, cuyo principal giro era el comercio y el cultivo de caña y frutales. Tenia dos escuelas municipales; una de niños á la que concurrían cerca de 50 alumnos y la otra de niñas con treinta y tantas discipulas. Las materias de enseñanza eran las correspondientes al 2º orden. Era cabecera de municipalidad, y perteneciente al partido de Zapópan. Habia en ese lugar un empleado en rentas (subreceptor), una oficina telegráfica del Gobierno de Zacatecas, y un juzgado constitucional. En lo eclesiástico es un curato con rentas módicas, pero suficientes para atender al culto. La riqueza urbana ascendia á la suma de \$ 548 que representaban las fincas que pagaban contribuciones, y la rústica á la de \$ 29,909.

S. Cristóbal era un pueblo de porvenir, supuesto que en sus inmediaciones tiene que construirse el gigantesco puente sobre el rio Grande, que abrirá el camino entre Zacatecas y Jalisco, en cuya obra se hallan altamente interesados ambos Estados, y para la cual decretó el Congreso general, en el presupuesto de Julio de 1874 á

Junio de 1875, la cantidad de 40,000 pesos, partida que se declaró vigente en el presupuesto que rige actualmente. Esa situación comercial de S. Cristóbal hacia que el tráfico hubiera sido activo en él, y augura para lo futuro, una vez terminados los fenómenos geológicos de que es teatro, un porvenir bonancible para ese pueblo.

Segun estoy informado, la animacion ha renacido en S. Cristóbal á pesar de que ha seguido temblando. Las familias que escaparon de la catástrofe, han vuelto á su antigua residencia con sus hogares y han empezado á construirse con objeto de restablecer tal objeto sus habitaciones, con aquellas condiciones apetecibles de seguridad que son de tomarse, despues que la experiencia ha aleccionado tan tristemente. Es de esperarse que S. Cristóbal no solo vuelva á su antiguo ser, sino que además prospere material y moralmente.

Guadalajara, Marzo de 1875.

VIAJE AL CEBORUCO.

OPUSCULO

POR SILVERIO GARCIA.

